

Káfeniño ikaki

Narrado por Juan Kuiru en minika

Transcripción y traducción de Noinui Jitóma, Selnich Vivas Hurtado
y Maribel Berrío Moncada

Este es el jágai de Káfeniño, antepasada de los Enokaizai y esposa de Kineyumi, ancestro de los Kinereni. Como todos sus antepasados, Káfeniño conocía el poder de las plantas. Se preparó en el poder de kuebere. Pero no cumplió las dietas. A esto se debió su fracaso posterior. A esto se debe que los Jikinizai le hayan separado las partes de su cuerpo. Cuando el esposo se iba a mambear a otras casas, la esposa solía quedarse en su casa. Al atardecer venían los Jikinizai y la atacaban. Ellos destazaban sus piernas, sus costillas, sus tripas, todas sus partes. Por la orilla del fogón, las tiraban dentro de la casa. Luego se iban. También le arrancaban la cabeza. Esa cabeza caminaba por los caminos. Antes de que su esposo regresara, la cabeza de la esposa llegaba, se unía al cuerpo y se acostaba tranquila. Siempre hacía lo mismo. Siempre se iba y siempre regresaba. Como se alejaba tanto, entonces le decía a su esposo: “Cuando vayas a regresar, me avisas golpeando las aletas de los árboles”. Para que no la descubriera decía esto. En el momento en que su esposo golpeaba las aletas de un árbol, la cabeza de su mujer se apresuraba. Siempre pasaba lo mismo. Cuando su esposo Yumi golpeaba una aleta, ella retornaba. Cuando él regresaba, ella ya estaba en casa. Como él era sabio, se dijo: “¿Qué está pasando con mi esposa que siempre me dice: antes de que te vengas golpea la aleta? ¿Por qué razón siempre me dice eso?”. Por eso un día él regresó sin golpear la aleta. Llegó, abrió la

puerta, entró y al mirar... Las piernas, los brazos, las costillas de su mujer estaban a un lado. Las vísceras estaban regadas por la casa. Pero la cabeza no estaba. Por eso recogió todas esas partes, las piernas, los brazos recogió. Escarbó un hueco, las colocó allí y las tapó. Volvió a salir. Se fue y golpeó las aletas del árbol. Después de golpearlas, se devolvió. Pero antes de que él llegara, la cabeza de su esposa ya había regresado. Había venido para unirse al cuerpo, pero el cuerpo ya no existía. La cabeza dijo: “¿A qué cuerpo me voy a unir?”. Su cabeza rodaba y rodaba en la puerta. En ese momento él llegó y miró fijamente. Mientras observaba, la cabeza de su mujer se le lanzó al cuello. Allí se incrustó. Ahora en su cuello había dos cabezas. Esto era una venganza. “Cómo me libraré de esto”, dijo Yumi. A ella le gustaba mucho comer carnes. Y ahora que estaba incrustada en su cuello, qué iba a hacer él para comer. Todo lo que se metía en la boca, ella se lo quitaba y se lo quitaba de la boca. Ella se alimentaba y se alimentaba. Por eso él se enfermó, ya estaba muy delgado. Incluso Káfeniño defecaba en su cuello. El cuerpo se volvió feo y no tenía fuerzas. Y aun así tenía que caminar. “¿Y ahora qué haré?”, dijo. Por eso pensó desde el corazón: “Como sé que le gustan las carnes, voy a hacer tapaje”, pensó. Se fue, sopló y creó un cañito, el Kure, para hacer tapaje donde había peces diminutos. Él se hundió con todo y armó el tapaje. Con las hojas de platanillo aisló

y cercó. Luego salió del agua con todo y empezó a tejer *jodáyu*. Bien tejido lo colocó dentro de la cerca. Salió del cañito y esperó un rato. Luego se sumergió para revisar. Cuando revisó el *jodáyu* estaba lleno de peces diminutos. Se veía blanco de tantos peces. Estaba repleto. Lo sacó arriba, extendió hoja de platanillo y sobre ella arrojó todo. Luego dijo: “¡Oye, mujer! Tú siempre dices que quieres comer. Ya despégate, siéntate allí abajo y come. Quisiera comer, dices, quisiera comer carne, dices”. Viendo ella tanto pescado, se despegó y se sentó abajo. “¡Come! Tú siempre dices que quieres comer. Que aguantas hambre, que quieres comer carne. Por eso te los conseguí”, dijo. “Yo voy a colocar nuevamente nuestro *jodáyu*”, dijo Yumi. “Bien, pero ven pronto”, dijo Káfeniño. “Sí, solo voy a colocar esto”, dijo Yumi. Y resulta que bajó, se sumergió y se fue. Se convirtió en Nuio. Perforó el tapaje y se salió del caño. Se fue, se fue bajo el agua. Emergió en el puerto y por el camino se fue a casa. Luego cerró la puerta y la trancó. Aseguró bien las paredes. Después se subió a la cumbrera, amarró la hamaca y se acostó. Desde allí escuchaba todo. Más atrás venía la cabeza rebotando. Káfeniño dijo: “¡Ay, oye, esposo, tú sabes que soy de adentro! No hay nada más importante en tu corazón. Soy la mujer de tu fuego. No me dejes afuera”, dijo. Él no le contestó. “¡Ay, déjame entrar!”, dijo Káfeniño. Tampoco la dejó entrar. “¿A qué viniste?”, diciendo esto le tiró sus cosas afuera. Su abanico, tiesto, escurridor, machucador, cernidor, rallador, escobilla. Todo se lo lanzó encima. Todos los utensilios remendaron su cuerpo. Después de esto dijo: “¿En qué me convertiré? Quizá me convertiré en guacamaya. ¡Aá aá aá! Pero eso no es para mí. ¿En qué me convertiré? Quizá me convertiré en loro real. ¡Bero bero! Eso tampoco me queda bien. ¿En qué me convertiré? En tucán



Portsi, faja tejida por la mama Ascensión Fernández, vereda Alto de los Troches, Guambia, Silvia, Cauca. Foto detalle: Gladys Ascensión Yalanda Tunubalá.

me convertiré. ¡Pio kai kai! No me queda bien”. Así iba imitando la voz de todos los pájaros. Al final dijo: “¿En qué me convertiré? Me convertiré en maruku. ¡Kuú, kuú, kuú! Este canto sí me queda bien”. Allí se convirtió en maruku. Luego se fue a la selva. Allí se asentó del todo. Esa fue la que se convirtió en maruku. Aquí termina.

Narrado por Juan Kuiru en minika, 2016, en La Chorrera, Amazonas. Transcripción y traducción de Noinui Jitóma, Selnich Vivas Hurtado y Maribel Berrío Moncada.

Tomado de Riazéyue (y otros narradores minika) (2016). *Jagágiai. Hilo y aliento de los ancestros*, GELCIL, Universidad de Antioquia.